

# TALA EN EL SILENCIO

ANTOLOGÍA

MARCO ANTONIO CORCUERA



## PRÓLOGO

Esta radiografía genética y estética de Marco Antonio Corcuera (Contumazá, Cajamarca, 1917) agrupa ocho libros escritos desde 1940 hasta 1988: *Poemas del ayer lejano*, *Latitud de la ausencia*, *El amor en su sed*, *El salmo herido*, *Semilla en el paisaje*, *La luz incorporada*, *El poeta espera respuesta* y *Los aires del alhelí*. Sobre las motivaciones y el sentido de su voz y de su palabra, el propio vate ha dicho: «obedecen a un imperativo profundo Nuestra mirada se detiene en los seres elementales. Esto explica y justifica la simplicidad de nuestra obra. Que otros canten a los animales y árboles grandes; nosotros nos conformamos con los arbustos, las plantas rastreras, los pájaros, los insectos. La naturaleza nos sigue deslumbrando con su misterio»(...) Usamos el metro, la rima y la asonancia por su proximidad a la música de donde proviene la poesía». Al respecto, debemos señalar que esta exagerada modestia no vela, sin embargo, la alta calidad que posee el estro verbal de Marco Antonio Corcuera, sustentado precisamente en esa simplicidad innata que brota parecido al rumor de los manantiales de la vida sencilla del campo, propio del ambiente vernacular de la sierra norte del Perú, donde el lírico pasó su infancia. De lo simple ha de surgir, pues, una poética honda en donde el ser y la palabra se integran para proponer una estética de la ternura, una poesía sembrada como delicada «semilla en el paisaje» perfumada con «los aires del alhelí» y con los cantos de la naturaleza.

Ese retorno a lo rural con sabor a égloga en la poesía de Corcuera —su simpleza esencial y espontánea— revela, también, su adhesión a los vientos que soplan desde el pueblo para traer la juglaría de una oralidad que recoge avatares y grandezas del hombre a fin de cons-

truir con ellos el mismo acento, la misma palabra formalizada. Allí está, por ejemplo, ese texto de notable factura que es *La luz incorporada*, escrito con motivo de la muerte de Víctor Raúl Haya de la Torre, en donde la sensibilidad temporal del autor conjuga el pretérito con el presente y el futuro: «Habrá pasado el tiempo, habrá pasado,/ corriendo como el viento en la pradera;/ el tiempo irreversible, sin embargo/ por más que se distancia o se detenga/ en riachuelos que la tierra ahonda,/ —ya que es un río breve nuestra vida—;/ para que aumente en ritmo tu grandeza/ y te broten auroras de los puños,/ gaviotas en pañuelos desatados,/ en nardos entreabiertos y desnudos...».

En general, todos los libros de Corcuera tienen al amor como axis fundamental, pulsado con diversos acordes y expresado en tonos distintos: desde el doliente y lejano («Los suspiros van despacio/ llevando la sien morena,/ anhelo turbio de angustia/ y aroma suave de ausencia») hasta el fraterno y esperanzado («Como el hilo que lleva la avicilla/ en su pico de azúcar, como el hilo/ que poco a poco va formando ovillo/ en el centro del pecho, como el hilo././ Así quisiera, amada, que estuviera/ tendido entre nosotros, escondido,/ el hilo del amor, de amor el hilo/ que el ave lleva y trae de su nido/ en su pico de azúcar, en su pico»).

La unidad ser-palabra, plena de amor y de ternura se manifiesta en el vate norteño desde su libro primigenio: *Poemas del amor lejano* (1940) en donde ensaya diversas vías estilísticas: la *vallejiana* («a veces me río de la vida,/ del caracol de sus venas,/ de sus líneas de dientes aislados,/ de su relación circulatoria,/ de su apéndice diario/ (...)/ de su debe y haber/ y de su fin, al cabo»), la *indigenista* («Subir al Ande y empaparse de raza/ para sentir el soplo de la helada,/ la tela semi urdida de la niebla/ la enteca semilla que no avanza»), hasta llegar a la *creacionista* con fuerte dejo *surrealista* («El silencio se ha dormido en el agua cristalina/ de la luna./ El eco va arrastrando sus orejas de perro/ forastero./ El corazón recorre la

escala de las notas./ Un ruiseñor hace burbujas de sonido en su/  
garganta»). Después de este poemario la voz personal afirmará ese  
lado musical proveniente del octosílabo y del soneto, así como el  
colorista y descriptivo que insufla lo plástico desde el terceto. En  
todos los casos estará el hombre y la exaltación de la naturaleza en  
una relación evocativa, intimista y confesional, aunque también  
humorística y salpicada de picardía estival: «Si la queremos gozar/  
sin que quede huella alguna,/ quitar espina a la tuna/ con arenas a  
la mar.// Si me debes entregar,/ aunque sea una por una,/ en oca-  
sión oportuna,/ lo que me tienes que dar.// Sólo me queda can-  
tar,/ corazón de piedra dura,/ como lo hice tantas veces.// ¡Cuán-  
to tiempo he de esperar/ para ablandar tu cintura/ y ver si te com-  
padeces!».

El sentimiento integrador de lo festivo, irónico y popular, así  
como de lo filosófico y elegíaco, se cristaliza en la poesía de Corcuera  
acompañado de una fina empatía-simpatía y de perspicaces armo-  
nías. Su palabra tiene el virtuosismo y el ingenio sanguíneo del poe-  
ta experimentado en todas las lides de la métrica y de la versifica-  
ción. Esta impronta no significa, sin embargo, limitación de la ca-  
pacidad y de la libertad creadoras sino, más bien, intensificación o  
iluminación de lo evocadoramente revelado, aplicable no sólo a la  
expresión poética como también a la propia condición humana, a  
los pilares de la misma existencia del autor. Este poetizar para exis-  
tir, y viceversa, significa que esa unión del ser y la palabra es testimo-  
nio de vida: «Mi sustento, mi comida,/ es el verso, y no otra cosa»;  
«Sólo en el verso encuentro que estoy en mi elemento,/ y es en él que  
sustento mi pobre indumentaria;/ como la flor al árbol —dije una vez—  
y es cierto./ ¿Puede tener algún sentido la vida sin el verso?

Sentida la poesía como razón de ser, es explicable entonces ese  
sentido de integración —en contrapunto constante— de la gravedad  
y la levedad, de lo clásico y lo circunstancial, de lo culto y lo popu-  
lar, de lo citadino y lo rural, de lo místico-metafísico y lo inmanen-

te. Con igual postura dialéctica hay que entender la utilización de los sonetos y tercetos, de los romances y las coplas, de las rimas consonante y asonante. Desde el fondo de todo esto viene hasta incorporarse en nosotros esa semilla o germen o luz de la poesía, la presentida. Viene en la penumbra, sosegada, para conciliar o equilibrar las alegrías y tristezas de la vida.

La excelente antología que presentamos pone de relieve al inspirado poeta, poseedor de altísimas calidades literarias. Pero también permite hablar sobre el entrañable y fraterno amigo de todos los que escriben poesía en el Perú y, aun, en América Latina y Europa. Ellos le guardan devoción y agradecimiento por la divulgación de sus obras, realizada —bien lo sabemos— con múltiples dificultades y sacrificios sin pausa. Allí está, como ejemplo emblemático, la revista «Cuadernos Trimestrales de Poesía» que fundara, junto con otros escritores trujillanos, en 1950. A su lado no es posible olvidar ese extraordinario concurso denominado «El Poeta Joven del Perú», que en su primera versión —1960— consagrara a Heraud y a Calvo. Por todo ello —y más— se le ha calificado con justicia «uno de los héroes de la poesía nacional».

Marco Antonio Corcuera es, pues, un verdadero símbolo del afecto sin límites por la poesía, tanto a nivel de cultivo personal cuanto de integración y divulgación trascendentes. En el orden prioritario de sus querencias la palabra representada vive al acecho esperanzada en comunicarse con ella misma, adherida siempre a las otras voces hasta completar un todo ardiente. Y es que estando «el amor en su sed», en su ser elemental, «el poeta espera respuesta» porque de ese ser nacen todos los desvelos y hacia él, hacia Marco Antonio, deben confluír todos los abrazos.

*Lima, Enero del S. XXI*

**Manuel Pantigoso**